



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 8

*Cursada el 15 de diciembre de 1963
por el señor académico de número
don Luis Soler Cañas, acerca de la*

Identificación de Rubén Fastrás

Al fundarse en 1913 el diario *Crítica*, publicó en folletín, diariamente, un *Novísimo Diccionario Lunfardo*, que concluyó el 17 de enero de 1915.

Cinco años más tarde, en 1920, al publicar su libro *El corazón del arrabal*, Juan Francisco Palermo anunció en la retiración de tapa del volumen la próxima aparición de otra obra suya, *Diccionario Lunfardo*, que a esas horas ya debía estar en prensa. Hasta el día de hoy no se tiene noticia cierta ni concreta de que este último libro haya visto efectivamente la luz, si bien tampoco se descarta la contraria posibilidad.

Cuando en 1960 organizamos con José Gobello la *Primera Antología Lunfarda*, me tocó escribir la noticia bio-bibliográfica sobre Juan Francisco Palermo y en ella dije que el *Diccionario Lunfardo* había sido anticipado en las páginas de *Crítica* (1913-1914) y que, de acuerdo con referencias provenientes de redactores de aquella época del diario, al mismo le habrían dado forma, sobre la base de los materiales y las definiciones o explicaciones de Palermo, nada menos que el Vizconde de Lascano Tegui y el “negro” José Antonio Saldías. Es decir, di por sentado, muy naturalmente y sin ninguna clase de inquietudes, que el *Novísimo Diccionario Lunfardo* publicado en *Crítica* y el *Diccionario Lunfardo* anunciado por Palermo en 1920 eran una sola y misma cosa.

En un trabajo reciente sobre “El lunfardo”, Amaro Villanueva plantea la posibilidad de que se trate de dos obras distintas. Y para ello se basa en lo afirmado por don Eligio González Cadavid en su artículo “Los cronistas pintorescos” (*Caras y caretas*, octubre de 1915): que por esa época Rubén Fastrás, autoridad en la materia, tenía en prensa un *Novísimo Diccionario Lunfardo*. Para mayor abundancia, el artículo de González Cadavid ilustrábase con la reproducción de una de las entregas del folletín de *Crítica* antes aludido, o sea que, no teniéndose noticia de que Rubén Fastrás fuese seudónimo utilizado por Juan Francisco Palermo (que usó en *Crítica*, profusamente, el de Quico), llegábase a la conclusión, como dice Amaro Villanueva, de que “el *Novísimo Diccionario Lunfardo*, de las entregas regulares de *Crítica*, fue obra de José Antonio Saldías”. Y esto último en razón de que, según referencias de Samuel Eichelbaum, fue el autor de *Noche de garufa* quien usó el seudónimo de Rubén Fastrás en la época en que dirigió la página policial de aquel diario. Seguramente, dice Villanueva, en su mencionado trabajo, más tarde Palermo decidió escribir su propio *Diccionario Lunfardo*, que como el de Rubén Fastrás parece que no llegó a concretarse en volumen.

Aquí se plantean dos problemas íntimamente conectados: 1) ¿Quién fue el autor del *Novísimo Diccionario Lunfardo*? 2) El *Novísimo Diccionario Lunfardo* ¿es el *Diccionario Lunfardo* anunciado por Palermo en 1920?

Diré, antes de proseguir, que las conclusiones a que arriba Amaro Villanueva en su citado trabajo “El lunfardo” me parecen muy valederas y más que posibles, desde el



punto de vista lógico. Es evidente que Rubén Fastrás no fue seudónimo de Palermo y que por lo tanto debe tratarse de dos obras diferentes. Lógico hubiera sido, de ser verdad lo contrario, que Palermo hubiese utilizado el seudónimo que siempre usó en *Crítica* y también ocasionalmente en alguna revista teatral: Quico.

Tal como plantea las cosas Villanueva, sus conclusiones parecen irrefutables y verdaderas. Sin embargo, no existe prueba documental que las abone, puesto que nadie hasta ahora conoce la existencia del volumen impreso o del manuscrito original del *Diccionario* anunciado por Palermo en 1920. Y si alguien la conoce, nada ha dicho que permita orientarnos en este asunto.

Respecto a los dos problemas planteados, el primero, es decir, la identificación del autor del *Novísimo Diccionario Lunfardo*, me parece cosa resuelta. No sólo por la referencia verbal de Eichelbaum a Villanueva y la que en la misma forma dio Juan Manuel Pintos a José Gobello hace unos tres años, y que ahora he sabido por boca de éste, sino por las constancias documentales que a ese respecto he podido reunir y que más adelante detallo.

¿Cómo se me ocurrió dar por cierto que el *Novísimo Diccionario Lunfardo* de Rubén Fastrás y el *Diccionario Lunfardo* de Palermo eran una sola y misma cosa? Cuando redacté la noticia bío-bibliográfica de referencia, yo conocía ya el artículo de González Cadavid, leído muchos años antes, pero sin duda no lo tuve presente en ese momento, posiblemente por no poseer copia del mismo. De lo contrario, no habría sido tan categórico en la identificación de ambas obras. En cuanto a las razones que entonces me condujeron a esa identificación de la que tan razonablemente desconfía Amaro Villanueva, pienso que debo haberme basado en la autoridad de Arturo Costa Álvarez, quien en su trabajo “El castellano en la Argentina”, publicado en el número aniversario –219/220– de la revista *Nosotros*, (Buenos Aires, tomo LVII, 1927), al cumplir esta publicación 20 años de vida, expresa textualmente al referirse a los “glosarios orilleros y lunfardos”: “A la obra de Antonio Dellepiane en el período anterior se han agregado en éste la de FRANCISCO PALERMO: *Novísimo Diccionario Lunfardo*, 1913-1914 (en el diario *Crítica*) y las complicaciones siguientes...”, etcétera.

Y debe ser así porque observo que dí en esa oportunidad las mismas fechas (1913-1914) que da Costa Álvarez, a pesar de que en aquella época obraban en mi poder constancias de que el referido *Diccionario* concluyó de publicarse en *Crítica* en enero de 1915.

Por lo demás, obsérvese que Costa Álvarez no da sino el segundo nombre de Palermo, circunstancia un tanto extraña tratándose de un hombre tan minucioso y exacto en sus citas y datos.

Pero, además, debo decir que obró con decisiva fuerza de convicción en mi espíritu, pues corroboraba en cierta medida la autoría de Palermo, la respuesta que a mi consulta sobre el particular me diera, hace ya siete años, el Vizconde de Lascano Tegui. Este, basándose en sus recuerdos y en los de un amigo, decíame en una carta lo que yo puse en mi noticia sobre Palermo: que el material o las referencias las proporcionaba Palermo y la forma se la daban Saldías y el propio Vizconde.

Es natural pensar que, no atribuyendo éstos quizá demasiada importancia a su trabajo, y siendo Palermo el proveedor de la “materia prima”, se considerase el último con derechos sobre el *Novísimo Diccionario Lunfardo* y que después de cinco años se le ocurriese imprimirlo con su nombre.



También resulta natural imaginar que, consultados Saldías y el Vizconde, lo autorizasen a hacerlo. Por otra parte, Palermo era colaborador habitual de *Crítica* desde sus primeros tiempos y no resultaba forzado conjeturar que, entre otras cosas, escribiese los artículos del citado *Novísimo Diccionario*. Don Eligio González Cadavid, sin embargo, me dijo hace algunas semanas que Quico sólo publicaba en *Crítica* las acuarelas que más tarde reunió en *El corazón del arrabal*.

Otro hecho que también pudo influir en mí para identificar ambos diccionarios es que en 1920, cuando Palermo piensa publicar sus obras, empieza con el volumen arriba citado, la mayoría de cuyo material apareció en *Crítica*, anuncia el *Diccionario Lunfardo* y otras obras, entre ellas una *Santa Biblia Rea*, también publicada en el mismo diario. Es fácil que yo imaginase una circunstancia normal: Palermo estaba en trance de reunir todo lo que anteriormente publicara –y hallábase disperso en las páginas de *Crítica*...–. ¿Por qué, entonces, el *Novísimo Diccionario* no habría de ser, también, cosa suya?

Mas lo cierto es que las dudas de Amaro Villanueva son muy lógicas y están bien fundamentadas. Con posterioridad a la publicación de nuestra *Antología Lunfarda* tuve la fortuna de dar con un ejemplar, bastante incompleto, recordado y saqueado, de *Crítica*, que comprendía desde el 16 de septiembre hasta el 31 de diciembre de 1913. Allí encontré referencias que indican sobradamente y sin lugar a dudas que el autor del *Novísimo Diccionario Lunfardo* era Rubén Fastrás. Así, en la edición del 15 de octubre de ese año publíquese un dibujo en el que se ve a un ciudadano que lleva varios libros bajo el brazo izquierdo y sostiene con el derecho uno que lee con mucho interés. Arriba, como título: “La ilusión de Fastrás”. Abajo, como epígrafe: “Ver editado el Diccionario Lunfardo”.

En la edición del 11 de diciembre de 1913 aparece un pequeño suelto en la página de policía, bajo el título “Rectificando”, y en el cual se dice: “Rubén Fastrás nos pide que rectifiquemos un concepto vertido en su diccionario, en vista de que cierta persona se ha mostrado ofendida. Gustosos lo hacemos. En la definición de Gallardo no hay alusión personal alguna al señor Manuel Gallardo de Tencone que parece haber demostrado su descontento”. Dos días antes, en efecto, el 9 de diciembre, había aparecido en el *Novísimo Diccionario Lunfardo* el siguiente artículo: “GALLARDO m. el animal más parecido al hombre, vulgo galleguete, farabute, reo, otario, imbécil. El gallardo es un tipo capaz de vender a la propia madre con tal de que le den menega y se apunta al cabo de algún tiempo con algunos peritos [¿pesitos?] y entonces se hace el rana. Era un gallardo roñoso / por orgullo por sus pesos. (Clásicos lunfardos. El Laburo. Tomo I, p. 26).” Y no sé si tendrá relación con el tal Gallardo, pero en *Crítica* del domingo 30 de noviembre de 1913, entre los dibujos que ilustran un artículo titulado “los famosos apaches. Cómo son y cómo viven. Interesante información”, que firma “Detective”, hay uno que representa a una especie de chulo, con el siguiente epígrafe: “El explotador gallardo”.

Falta aún añadir otro dato plenamente certificadorio de la autoría de Rubén Fastrás: un aviso que apareció repetidamente durante un tiempo en la página policial de *Crítica* y cuyo texto es el siguiente:



PROXIMAMENTE, 1ª EDICIÓN DEL “NOVISIMO DICCIONARIO LUNFARDO”, POR RUBEN FASTRÁS, CON ILUSTRACIONES DE LOS MEJORES DIBUJANTES.

Este anuncio se publicó, por ejemplo, en las ediciones de *Crítica* correspondientes al viernes 5, lunes 8, sábado 13, lunes 29 y martes 30 de diciembre de 1913, y prueba que a los dos o tres meses de haberse iniciado la publicación del *Novísimo Diccionario Lunfardo*, su autor ya pensaba editarlo en volumen. En octubre de 1915, dos años más tarde, don Eligio González Cadavid informaba en *Caras y Caretas* que el *Novísimo Diccionario* ya estaba en prensa. Seguía, por lo visto, su autor con la intención de publicarlo, varios meses después de concluida su publicación en *Crítica*. Pero nadie, que sepamos, ha visto ese libro. Nadie puede afirmar que vio la luz. Ésta sería otra circunstancia que pudo inducir a la equivocada identificación de las obras de Fastrás y Palermo.

Como vemos, estaba en lo cierto González Cadavid cuando dijo que el *Novísimo Diccionario* era obra de Rubén Fastrás. Queda por demostrar si, efectivamente, este último era José Antonio Saldías. Ya hemos visto los testimonios verbales de Samuel Eichelbaum y Juan Manuel Pintos. Algunas circunstancias, por lo demás, favorecen esa identificación, puesto que el “negro” Saldías fue jefe de la página policial de *Crítica* en los comienzos del diario, donde, según él confiesa en una página autobiográfica, dio rienda suelta a su musa retozona y donde, también, inauguró la gacetilla policíaca en verso sabroso, risueño y casi siempre lunfardo. Allí también publicó versos lunfardos y acuarelas porteñas en prosa, igualmente en lunfardo, en las secciones “La musa del arrabal” y “La escena diaria”, compartidas con escritores del mismo carácter como Juan Francisco Palermo y otros.

Creo haber encontrado, por mi parte, la prueba documental y definitiva al respecto. Entre las prosas y versos publicados por Rubén Fastrás en los primeros meses de *Crítica* está un dialoguito titulado “De fiesta”, que apareció el jueves 25 de septiembre de 1913 en la sección denominada “La escena diaria”. El lugar en que tiene efecto, según aclara el autor, “es un bulín mistongo, pero aseadito y cristiano. Cumple años la fémína, reina del bulín, y su coso se infla de orgullo como empanada que le ha entrado aire. Hay escabio, morfo y programa de bailongo, además el vate de la reunión dirá algo”.

Adelanto que la reina del bulín se llama Chana. Y que en el *Novísimo Diccionario Lunfardo* (edición del 4 de noviembre de 1913) se publicó bajo ese nombre un artículo que dice lo siguiente:

CHANA — f. Equivalente a Juana (fm). La peor es nada del criollo viejo Pedregullo que fue reina del arrabal por mucho tiempo y a quien los clásicos y nosotros hemos tenido ocasión de cantar.

Entiendo que el canto de Chana del autor del *Novísimo Diccionario* es el que intercala en las escenita aludida, “De fiesta”. El vate de la reunión, Mingo, va a decir unas palabras en honor de la reina de la fiesta y en determinado momento su discursito, aunque tipografiado como prosa, se transforma en los versos del canto de Chana: “La



diosa Primavera, salió de su catrera, sonriente y ranfañosa, haciendo que naciera, de tan papusa hermosa, la dulce y deliciosa, reina del arrabal”.

“Cuando nació un tanguito, tocado en organito, la saludó triunfal y a sus nuevos acordes, en rítmicos desbordes, y en quebradas giraron, las faldas de percal.” Etcétera.

Estos mismos versos, apenas modificados, los recita el personaje Lunanco en el cuadro segundo del sainete en un acto de Saldías *La cortada*, que estrenó el 2 de abril de 1919 en el teatro Marconi la compañía de Arturo Podestá.

El dialoguito “De fiesta” puede estimarse como el germen de la posterior obra teatral de Saldías. Hay entre uno y otra cinco años de distancia. En uno y otra aparecen el personaje de Chana, la reina del arrabal, y su compadre Pedregullo. También se repite el detalle de la fiesta con ocasión del cumpleaños de aquella. Pero mientras el diálogo de 1913 carece de toda trascendencia y es tan sólo una sencilla nota de color, sin conflicto ni drama, en *La cortada* Saldías da mayor amplitud y desarrollo al personaje femenino, Chana, mujer bravía y enamoradiza, por la cual pelean y mueren los hombres, y que concluye matándose ella misma al encontrar, en un varón sin dobleces, la horma de su zapato.

La cortada fue publicada por *Bambalinas* en su edición número 61, correspondiente al 7 de junio de 1919.

Acompañó, para mayor ilustración de los señores académicos, una copia del mencionado diálogo y la parte correspondiente del sainete *La cortada*, como apéndice documental de esta comunicación.

Buenos Aires, 20 de noviembre de 1963

Luis Soler Cañas
Académico de número

Identificación de Rubén Fastrás – Apéndice documental

“De fiesta”

Es en un bulín mistongo, pero aseadito y cristiano. Cumple años la fémina, reina del bulín, y su coso se infla de orgullo como empanada que le ha entrado aire. Hay escabio, morfo y programa de bailongo, además el vate de la reunión dirá algo.

PEDREGULLO —Che, Chana, servile a Mingo, servile.

MINGO —No se moleste...

CHANA (llenándole el copetín)— No es molestia...

PEDREGULLO —Avisá... Molestia... Dejate de protocolo a lo Sais Peña y con confianza viejo... Ya sabés que entre criollos anda el juego.

MINGO —Se agradece...

BAUL —Che... (con la boca llena) Están macanudos los sanguichs...

PEDREGULLO —Me los mandó el doctor... me los mandó.



JACINTO —¡ Que hable Mingo!

TODOS —¡Cable!...¡Cable!...

MINGO —Distinguido auditorio del ranterío: Parece que la primavera, con su calorcito a la gurma y su brisa más profunda que loción de turco, hubiera estampado el sello singular de sus galas, sobre Chana, la peor es nada del criollo viejo Pedregullo.

Parece que aquel bejarano del que bate la biblia qu’ hizo el mundo en seis yurnos, hubiera dispuesto que este pimpollo, naciera junto con la sonriente Primavera, portadora de sus mejores galas.

La diosa Primavera, salió de su catrera, sonriente y ranfañosa, haciendo que naciera, de tan papusa hermosa, la dulce y deliciosa reina del arrabal.

Cuando nació un tanguito, tocado en organito, la saludó triunfal y a sus suaves acordes, en rítmicos desbordes, y en quebradas giraron, las faldas de percal.

Los paicos orilleros, que fueron compañeros en muchas agarradas, del mondongo que fue, tiraron sus sombreros con muchas compadradas, y haciendo diez quebradas, se pusieron de pie.

Era ese el homenaje, del taura compadraje, a la Chana al nacer, y hasta la Primavera, con su vistoso traje, un regalo le hiciera, pa que siempre hiciera¹...sus ojos de mujer.

Y el cielo, la milonga, que historia resonga, su dulce desconsuelo, su pena, al canturrear en la gruesa bordona, candombeó con perezas, un tango, de pureza, de ritmo y de rajar.

Y se abrieron las flores, y echaron sus aromas a la brisa armoniosa, que bajito al pasar, les hablaba amores, entre dulce paloma, a la hora deliciosa en que empieza a aclarar.

Y con flores, amores, hermosuras, canciones, primaveras y galas, guitarras y percal, nació la suave Chana, la reina soberana del querido arrabal.

TODOS —¡Muy bien! ¡Muy bien! (Aplausos en el cotorro, abrazos, etc.)

PEDREGULLO —¡Pucha que has estao lindo! Cómo sabés tocar al cuore. Ti aseguro qu’ es una injusticia que vos no estés a la academia.

BAULITO —¿Quién te ha dicho?... Ya no está la academia de tangos...

PEDREGULLO —¡Inorante! Estoy batiendo de la cademia, donde hacen l’ idioma, donde s’ inventan las palabras. (Pausa)

Señores, el tango puede empezar. (A Chana) ¡Prendete, negra! ¡Rompamos la marcha!

(Carancanfunfan -cara - can - fun - cara - can - fun - fa - la - ca - fu etc.)

Al llegar la madrugada, los gallos cantores empezaban a saludar las primeras claridades, cuando la barra salía empachada y curdela, de morfi, escabio, poesía y quebrada.

Ya en la calle algunos cantaban.

“Y con flores, amores, hermosuras, canciones y galas, guitarras y percal, nació la suave Chana, la reina soberana, del querido arrabal”.

(Telón)



¹ Así dice en el original. Debe ser, evidentemente, “luciera” (N. del A.)

La Cortada, cuadro segundo. Fragmento

LUNANCO —Chana...esta noche de su cumpleaños, los amigos que se hemo reunido a festejarla, me han comisionado de la serenata...Y como mi voz está un poco averiada con la tagarnina toscana y el copetín, vi’ a recitarle una versadita que he compuesto, mientras resonga la milonguita bordoneada. A la una, a las dos y a las tres. ¡Ya! (*La murga toca tango o milonga adaptable al recitado*).

La diosa primavera,
píantó de su catrera,
sonriente y ranfañosa,
haciendo que naciera
de tan papusa hermosa,
la linda y deliciosa
Reina del arrabal.
Cuando nació un tanguito
que tocó un organito,
y a sus suaves acordes,
en rítmicos desbordes
y en quebradas giraron
las faldas de percal.
Los taitas orilleros
que fueron compañeros
en muchas agarradas,
del Mondongo que fue,
tirando sus sombreros,
con mucha compadrada,
con clásica quebrada,
se pusieron de pie.
Era ese el homenaje
del taura compadrage,
a la Chana, al nacer,
y hasta la Primavera,
con su vistoso traje,
un regalo le hiciera
pa que siempre luciera
sus ojos de mujer.
Y el cielo, la milonga
que tristonamente resonga
su dulce desconsuelo;
su pena, al canturrear.
En la gruesa bordona,
candombeó con pereza,



un tango de pureza,
de ritmo y de rajar.
y con flores, canciones,
armonías, guitarras,
quebradas y percal;
nació la linda Chana,
la mina soberana
del querido arrabal.

CORO

—Flores, canciones, armonías,
cintas, guitarras, quebradas percal.
Chana. Nació la linda Chana,
la mina soberana
del querido arrabal.

(Aplausos, etc. Entran todos. El coro canta el último pie con Ojos negros (tango). Se oye a poco la música como si hubiera empezado el baile).